

Textos de la Eucaristía del Domingo

Primera Lectura: Os 6,3-6

Esforcémonos en conocer al Señor; su venida es tan segura como la aurora; como aguacero descenderá sobre nosotros, como lluvia primaveral que riega la tierra».

¿Qué voy a hacer contigo, Efraín? ¿Qué voy a hacer contigo, Judá?

Vuestro amor es como nube mañanera, como rocío que pronto se disipa.

Por eso los he quebrantado por medio de los profetas; los he aniquilado con las palabras de mi boca, y mi juicio resplandece como la luz.

Porque quiero amor, no sacrificios, conocimiento de Dios, y no holocaustos.

Salmo Responsorial: Sal 49, 1.8.12-15

R. Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios.

El Señor, el Dios de los dioses, habla
y convoca a la tierra desde oriente a occidente.

No te reprendo por tus sacrificios,
pues tus holocaustos están siempre ante mí.

Si tuviera hambre, no te lo diría,
porque mío es el mundo y lo que contiene.

¿Acaso como yo carne de toros,
o bebo sangre de machos cabríos?

Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza
y cumple las promesas que hiciste al Altísimo.

Invócame en los días de peligro;
yo te libraré, y tú proclamarás mi gloria.

R. Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios.

Segunda Lectura: Rom 4,18-25

Contra toda esperanza creyó Abrahán que sería padre de muchos pueblos, según le había sido prometido: Así será tu descendencia. Y no decayó su fe al ver que su cuerpo estaba sin vigor -tenía casi cien años- y que Sara ya no podía concebir. Tampoco vaciló por falta de fe ante la promesa de Dios; al contrario, se consolidó en su fe dando así gloria a Dios, plenamente convencido de que Dios tiene poder para cumplir lo que promete. Lo cual le fue tenido en cuenta para alcanzar la salvación. Estas palabras de la Escritura no se refieren solamente a Abrahán. Se

refieren también a nosotros, que alcanzaremos la salvación si creemos en aquel que resucitó de entre los muertos a Jesús nuestro Señor, entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación.

Evangelio: Mt 9, 9-13

Cuando se marchaba de allí, vio Jesús a un hombre que se llamaba Mateo, sentado en la oficina de impuestos, y le dijo:

-Sígueme.

Él se levantó y lo siguió.

Después, mientras Jesús estaba sentado a la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores vinieron y se sentaron con él y sus discípulos.

Al verlo los fariseos, preguntaban a sus discípulos:

-¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y los pecadores?

Lo oyó Jesús y les dijo:

-No necesitan médico los sanos, sino los enfermos.

Entended lo que significa:

misericordia quiero y no sacrificios; yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.



Reflexión : Del libro “ Seguir a Jesús en la vida Ordinaria “ de Javier Garrido

1. Situación

Hay problemas que vuelven constantemente. Uno de ellos, para el cristiano, es el siguiente: Cómo traducir en la vida ordinaria el don de Dios, siempre mayor.

Algunos procuran ponerse en orden, y esto significa: prácticas religiosas frecuentes, virtudes de «orden» (trabajo, dominio de impulsos, responsabilidad). Otros insisten en celebrar cordialmente el don de Dios, en cultivar la contemplación, sin confrontación con la realidad áspera y próxima.

Algunos dan con el secreto, bien simple: El don de Dios no es «algo», sino El mismo, amor misericordioso y fiel; y, por lo tanto, que la vida consiste en ese amor misericordioso y fiel.

¿Por qué tendemos a sustituir la sabiduría del corazón por el orden religioso-moral o la exaltación mística?

2. Contemplación

Hoy la Palabra se concentra: Quiero misericordia y no sacrificios. Jesús justifica su actitud con Leví y el banquete con los publicanos ante los bienpensantes fariseos, los hombres del orden religioso-moral, citando las palabras de Oseas (primera lectura).

Tuvo que escandalizar al profeta en aquella época en que el culto a la divinidad garantizaba el orden social. Fue atrevido al identificar el conocimiento de Dios con la misericordia. Sólo el que obra al estilo de Dios tiene conocimiento real de Dios.

Sabemos las consecuencias que trajo a Jesús su mensaje y su obrar consecuente, centrados en la gratuidad del perdón de Dios: incompreensión y condena. Han dejado de escandalizarnos a nosotros porque los diluimos en un vago sentimiento de compasión para los «problemas pecadores». Los fariseos, sin duda, al escandalizarse, evidenciaron la revolución que traía Jesús. Hacía inútil toda pretensión religioso-moral, las «buenas obras», para acceder al Reino.

Para entender las lecturas de este domingo tendríamos que sentirnos como Leví, un pecador público, con mala conciencia, aferrado a su pequeño mundo de seguridad material, que experimenta, maravillado, que Dios mismo se le adelanta, sin juzgarle, a ofrecer su dignidad humana y la amistad del Mesías.

3. Reflexión

La sabiduría del corazón nace en el corazón, al contacto con el Corazón misericordioso de Dios, que transforma nuestro corazón cobarde, ruín y defensivo, en un corazón agradecido y misericordioso.

Tal es el conocimiento de Jesús del verdadero discípulo. Primero, como Leví, ha de encontrarse con la misericordia de Dios, sorprendente, liberadora. Si se sabe pecador, no tiene que romper con el sistema de auto-justificación del fariseo. Liberarse del orden religioso-moral, del tener que cumplir la ley para estar bien con Dios, le dará la primera experiencia del Reino.

Pero si la experiencia es real, y no mera descarga de la culpabilidad enfermiza, habrá descubierto dónde pone Jesús el secreto de la nueva vida según el Reino: en obrar con y desde un corazón misericordioso, que ensancha sus fronteras, liberándose de prejuicios sociales e incluso de esquemas religiosos.

La misericordia de Dios no crea corazones cobardes, sino fuertes, capaces de desenmascarar la mentira de los sistemas que discriminan a buenos y malos, a los que merecen o no merecen nuestra ayuda, a los que son o no son de Dios.

4. Praxis

Para este conocimiento liberador de la misericordia de Dios es necesario abrir nuestro propio corazón a la misericordia con el prójimo (en algunos casos, incluso en la condición previa). ¿Qué podríamos hacer?

Que el hacer sea con corazón, con actitud y mirada distinta, que dignifica al otro, que ayuda liberando, no aprovechando la necesidad del otro para esclavizarlo.

Realidades concretas de la vida ordinaria: Nuestra tendencia a juzgar, a murmurar en nuestras conversaciones, a discriminar a los que no son de los nuestros; echar una mano en el trabajo; pensar con más detenimiento en un nuevo modo de ser solidarios con los que apenas tienen, no limitándonos a dar la limosna que cumple, etc.

Habrà alguna persona, algún grupo, alguna situación, ante los que sentimos especialmente la dureza de corazón, la dificultad para amar. Es evidente que el corazón, en estas circunstancias, no cambia por un golpe de buena voluntad; pero también es verdad que podemos revisar nuestras actitudes y pedir al Señor un corazón comprensivo y misericordioso como el Suyo, e ir dando pasos de menos a más (por ejemplo, no detenernos tanto en dar vueltas a la propia herida e intentar situarnos en el lugar del otro).

TEXTO DE FRANCISCO: Primera Regla, no bulada (1R 23,8)

Oración y acción de gracias

Amemos todos *con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con toda la fuerza* (cf. Mc 12,30) y *fortaleza, con todo el entendimiento* (cf. Mc 12,33), *con todas las fuerzas* (cf. Lc 10,27), con todo el esfuerzo, con todo el afecto, con todas las entrañas, con todos los deseos y voluntades *al Señor Dios* (Mc 12,30 par), que nos dio y nos da a todos nosotros todo el cuerpo, toda el alma y toda la vida, que nos creó, nos redimió y por sola su misericordia nos salvará (cf. Tob 13,5), que a nosotros, miserables y míseros, pútridos y hediondos, ingratos y malos, nos hizo y nos hace todo bien.